

¡VELEMOS POR LA PATRIA!

Un brillante colaborador de "El Correo" de Chihuahua ha demostrado con textos irrefutables y argumentos nutridos de lógica convincente, que "Enrique C. Creel no es mexicano por nacimiento y está incapacitado para ser Gobernador del Estado."

La prensa oficiosa y especialmente "El Norte," el periódico anodino, dirigido en la actualidad por el más astroso de los escritores mercenarios, un vividor de oficio, reyista y no hace mucho y científico en los tiempos que corren, ayer "introducción" muy oloroso y muy relumbrante de una casa sospechosa del barrio de San Juan de Dios, de Guadalupe, y hoy figurín muy distinguido del Palacio de Gobierno de Chihuahua; la prensa oficiosa, decimos, desconcertada con los certeros razonamientos de "El Correo," acude á todos los recursos hasta los más reprobados en el campo de la polémica, á sofismas contrahechos y á necios embustes, con ánimo de comprobar un absurdo, esto es, la capacidad legal de Enrique C. Creel para desempeñar el puesto de Gobernador del Estado.

El padre de Enrique C. Creel nunca renunció á la ciudadanía americana para adoptar la de nuestro país; Enrique C. Creel, pues, es hijo de extranjero, nació extranjero y á lo más que puede aspirar, como acertadamente concluye "El Correo," es á que se le considere como mexicano por naturalización; pero nunca, jamás, como mexicano por nacimiento.

Y la Constitución Política de Chihuahua previene que solamente pueden ser Gobernadores de esa entidad, los mexicanos por nacimiento, hijos de mexicanos. Enrique C. Creel para presentarse como un candidato legal al Gobierno de Chihuahua, necesita negar á su padre, probar esa negativa y probar al mismo tiempo que es hijo de mexicano; necesita negar á su padre para acomodarse, dentro de la ley, sus ambiciones políticas, negar al ser que le dió la vida, al hombre que permaneció fiel á su nacionalidad y que al morir, conforme á los afectos que lo distinguieron durante su existencia, "fue su cadáver expuesto en la cámara mortuoria envuelto en la bandera de las estrellas."

Es evidente que Enrique C. Creel carece de derecho para regir los destinos de los chihuahuenses y sin embargo, por varios años, con el carácter de in-

torino, desempeñó la primera Magistratura de ese Estado y ahora pretende y lo conseguirá si no se rebelan los ciudadanos, que en la próxima farsa de elecciones lo nombren sus favoritos y empleados, Gobernador Constitucional (?).

Para candidato de ese puesto y con su consentimiento, lo postulan las hojas gobiernistas.

En la actualidad, Enrique C. Creel reside en Washington con el carácter de Embajador de México cerca del Gobierno de Estados Unidos; pero parece ó que quiere disfrutar de dos canongías al mismo tiempo; ó que le agrada más que su misión diplomática, que conviene mejor á sus aficiones de financiero y ansias de enriquecimiento, la gubernatura de un Estado floreciente, donde él es el dueño de las tierras y el capital, el principal especulador en las minas y la industria, en la banca y el comercio, el monopolizador insaciable que se aprovecha de su influencia política para absorber todos los negocios lucrativos y para explotar desconsideradamente á sus súbditos.

En el Gobierno de Chihuahua ó en la Embajada de Washington, Creel significa un grave peligro para los intereses nacionales.

Tanto su carácter de extranjero, como su venalidad, sus mezquinas pasiones y antecedentes de mercader sin escrúpulos, demandan que se vea con aprensión, con desconfianza, con intenso disgusto, su intromisión y preponderancia en la política de nuestro país.

Si Creel fuera un extranjero honorable, de limpia conducta y sanas aspiraciones, aunque ilegal su participación en nuestro Gobierno, no alarmaría seriamente ni daría pábulo á palpitantes sospechas, á terribles desconfianzas. Pero Creel es un pícaro dominado por la fiebre del oro, aguijoneado siempre por apetitos de inmoderada rapacidad; un pícaro de los que creen que el honor es una ficción y el deber una tontería, que el fin único de la vida, la misión única del hombre en su tránsito por la tierra, consiste en medrar, en acumular riquezas á todo trance y de cualquier manera.

Para los que conocen al flamante financiero, para el incontable número de sus víctimas, nada extraño será que nosotros afirmemos que Creel ha cometido mas fraudes comerciales que días lleva de existencia: ellos saben que no exageramos; ellos saben que la historia de Creel es una sucesión interminable

de robos y pilladas.

Cuanto han celebrado con él transacciones mercantiles, algo han perdido, de alguna fullería se lamentan; ni los amigos ni los parientes ni los paisanos, han escapado á las habilidades de ese gran capitán de industria que se empeña en probar que el dinero no tiene Patria ni amistades ni parentescos.

El dinero se arrebató con maña, se emplea con interés y se cuida con esmero, dice Creel, y obra de conformidad con su proverbio.

Sin duda alguna que un filisteo de esa estirpe, extranjero ó nacional, jamás hubiera sido elevado á un puesto de confianza por la voluntad pública; pero en México el pueblo no tiene voz ni voto, domina omnipotente el capricho senil del Dictador y por tal motivo, vemos con frecuencia que ya fastidia é irrita, encumbrarse individuos sin prestigio ni simpatías y apoderarse de los cargos más delicados de la Administración.

Creel como Gobernador, no tuvo otra mira que favorecer su hacienda privada: se concedió á sí mismo cuantas franquicias consideró prudentes, tuvo oportunidad de celebrar óptimos negocios que sólo están reservados á los hombres del poder, saqueó el erario público y solidificó los monopolios que de tiempo atrás venían explotando él y su suegro.

En el Gobierno de Chihuahua encontró un precioso filón de oro, en terna bonanza, que no quiere abandonar, prefiriendo elegirse cómodamente para el próximo período constitucional.

Pero si Creel es una calamidad en Chihuahua, en la Embajada de Washington constituye una formidable amenaza para la soberanía nacional.

Se le ha encomendado el desempeño de una misión diplomática de graves responsabilidades que únicamente debe confiarse á mexicanos de acrisolada honradez y de vehemente y sincero patriotismo.

El Embajador de México en Washington puede prestar á la Patria eminentes servicios; pero puede también, á su discreción, comprometer nuestra independencia y entregarnos al yugo extranjero.

Un Matías Romero desearía con altivez cualquiera proposición vergonzosa que se le hiciera y velaría con celo por el decoro y bienestar de la República; un Enrique C. Creel, que no es mexicano, que no ama á nuestro país, un traficante como él de conciencia metalizada y sin nociones de honradez, no rehusará

mutilar nuestro territorio ó enagenar nuestra autonomía.

Para nadie es un secreto que las grandes corporaciones de Estados Unidos codician á nuestro país y anhelan dominarlo; para nadie es un secreto que los dueños de la riqueza de la nación norte-americana ansían anexarse á México como un medio de extender el campo de sus especulaciones, y allí donde residen los que se interesan en absorbernos, los que conspiran contra nuestra independencia, es mandado Creel que tiene más aptitudes como Agente de Negocios, que como Enviado Diplomático, Creel, el hombre más apropiado para traicionarnos y vendernos.

Menguada labor la del tirano Porfirio Díaz que pone á la Patria en manos de mercaderes.

Pero qué ¿el mismo Díaz no es otro mercader?

Nuestra condición es desesperante: no sólo estamos á merced de los explotadores nacionales: aventureros de otra raza pueden culminar en nuestra política, tomar en feudo algún Estado y hasta uniformarse de Embajadores para realizar con más facilidades la venta de la Patria.

Es una vergüenza que sigamos tolerando á Creel en el Gobierno de Chihuahua ó en la Embajada de Washington.

Si ese mal extranjero no puede constitucionalmente, como lo ha demostrado "El Correo," tomar posesión del Gobierno de Chihuahua, mucho menos debe tener á su cargo la delicada misión de representar á México ante los Poderes de la Casa Blanca.

Hay que arrojar á Creel de ambos puestos é impedir de una vez por todas que se nos continúe ultrajando.

Nuestra nacionalidad peligró y para salvarnos de la tiranía que sufrimos y hacer imposible la dominación extranjera, no nos queda otro recurso que rebelarnos contra Porfirio Díaz, principal autor de nuestros infortunios, dominarlo, acabar con él, y fundar sobre sólidas bases la verdadera República.

[Viene de la tercera plana.]

la revolución, obra del pueblo que quiere emanciparse, no depende de la vida del octogenario mandarín, sino del menor incidente, del más insignificante detalle. El fruto de la revolución está maduro y un beso del céfiro puede hacerlo desprenderse.—"El Progreso"

"La Defensa de Juan Sarabia" estará de venta, la próxima semana, en esta redacción.